

January 2011

## La espiritualidad en el contexto de la docencia y de la educación religiosa escolar. Perspectiva bíblico-pedagógica

José Alfredo Noratto Gutiérrez  
*Universidad de la Salle*, jnoratto@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

---

### Citación recomendada

Noratto Gutiérrez, J. A.. (2011). La espiritualidad en el contexto de la docencia y de la educación religiosa escolar. Perspectiva bíblico-pedagógica. *Actualidades Pedagógicas*, (58), 205-221.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# La espiritualidad en el contexto de la docencia y de la educación religiosa escolar. Perspectiva bíblico-pedagógica\*

## Spirituality in the Context of Teaching and Religious Education at School: Biblical-Pedagogical Perspective

José Alfredo Noratto Gutiérrez

Licenciado en Filosofía y Especialista en Educación, de Universidad Santo Tomás.  
Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle  
*jnoratto@unisalle.edu.co*

**Resumen:** en este artículo, desde un enfoque bíblico-pedagógico, se analiza la espiritualidad en el ámbito de la enseñanza, particularmente, en el contexto de la educación religiosa que se imparte en la escuela. Para ello, el autor trata cuatro temáticas: en la primera, define la noción y el sentido del carisma, en la segunda, trata la noción de maestro, en la tercera, la noción de teólogo y, por último, en la cuarta, aborda la noción de espiritualidad. Concluye que la espiritualidad es, en síntesis, el ámbito propio de convergencia de la función de profesores, maestros, teólogos y creyentes y, por ende, del modo de ser y de ser reconocidos como tales.

**Palabras clave:** espiritualidad, docencia y educación religiosa, perspectiva bíblico-teológica, escuela, maestro.

**Abstract:** this article analyzes spirituality in the teaching context from a biblical-pedagogical approach, particularly in the context of religious education at schools. For this purpose, the author deals with four subjects: in the first, they define the notion and sense of “charisma”; in the second, they talk about the notion of “teacher”; in the third, about the idea of “theologian” and, finally, in the fourth one, about the notion of “spirituality”. The author concludes that spirituality is, in essence, the point of convergence of professors, teachers, theologians and believers, and therefore, of the way act and are acknowledged as such.

**Keywords:** spirituality, teaching and religious education, biblical-theological perspective, school, teacher.

205

---

Actualidades Pedagógicas N°. 58 julio-diciembre del 2011 páginas 205-221

Recibido: 10 de diciembre del 2010 Aceptado: 31 de mayo del 2011

---

\* Este artículo tiene su origen en una conferencia que tuvo lugar el 9 de septiembre del 2009, en el marco del Diplomado en Formación y Actualización Teológico-Pedagógica para docentes de Educación Religiosa Escolar, realizado en la Universidad de La Salle, en Bogotá, del 31 de agosto al 3 de octubre del 2009.

## Introducción

*Nunca descubriremos la verdad si nos contentamos con lo descubierto.*

Gilbert de Tournai<sup>1</sup>

**A** propósito de lo que sea la espiritualidad y su relación con la docencia y la Educación Religiosa Escolar (ERE), quisiera partir de la sabiduría popular, bien reflejada en una de sus parábolas: *La parábola de las dos perlas*. No es una parábola bíblica, de aquellas a las que estamos acostumbrados (los cristianos), que suenan al oído tan bellamente, máxime si están en labios de Jesús; es una parábola y como tal, forma parte de esa enorme reserva de sabiduría ancestral. Esta parábola proviene del oriente y dice así:

206



Un *maestro* espiritual estaba meditando a la orilla de un río, cuando llegó un *discípulo* y le dio dos enormes perlas, como prueba de respeto y devoción.

El santo hombre abrió los ojos y tomó una de ellas con tan poco cuidado, que esta rodó hasta caer al río.

Horrorizado, el *discípulo* se zambulló en el agua para recuperarla. Buceó sin tregua hasta la noche pero no consiguió dar con ella.

Al fin, completamente empapado y exhausto, saco al *maestro* de su meditación y le dijo:

Tú viste dónde cayó. Indícame el lugar exacto para que yo pueda encontrarla

El *maestro* tomó la otra perla, la lanzó al río y dijo: Justo allí.

De toda *parábola* y de toda *parabel*, mejor conocida esta última en la literatura universal como *Fábula*, siempre queda una enseñanza o moraleja; la de esta parábola es la siguiente:

*“Lo que para nosotros es valioso, no necesariamente lo es para los demás”. (R. Sotillo)*

<sup>1</sup> Célebre predicador franciscano de la segunda mitad del siglo XIII, en el ámbito de la Universidad de París.

Pues bien, es menester suponer que cuando se le hace una invitación a alguien, para hablar ante un auditorio específico acerca de un tema determinado, dicha invitación tiene lugar, precisamente al considerar que sobre ese particular se detenta una cierta autoridad y, por lo mismo, se tiene algún buen conocimiento que aportar.

De facto, mi participación en las jornadas teológico-pedagógicas, propias del diplomado en el cual se inscribe esta reflexión, se funda primero, en mi formación explícitamente bíblico-teológica; segundo, en los rudimentos de educación y pedagogía, que aunque adquiridos académicamente hace ya muy buenos años, se han ido profundizando y afirmando en la práctica cotidiana, en una cierta armonía con lo que ha significado en la actualidad, el enorme desarrollo que han experimentado las Ciencias de la Educación; y tercero, porque formo parte de estos mismos procesos que en este preciso momento estoy acompañando, razón por la cual vivo, respiro y comparto las experiencias pedagógicas y las preocupaciones de muy diversa índole que nos hermanan más allá del puro ejercicio docente en el ámbito de los saberes que nos especifican.

Hecha esta salvedad, se trata de considerar articuladamente, algunos aspectos bíblicos y pedagógicos, que contribuyan al fortalecimiento de opciones teóricas y prácticas, lo suficientemente claras y significativas, ante todo para la comunidad eclesial, pero también, para la sociedad en la que vivimos, en el contexto de lo que es la ERE.

Por lo demás, el tema mismo que sugiero: *la espiritualidad en el contexto de la docencia y de la educación religiosa escolar. Perspectiva bíblico-pedagógica*, me resulta particularmente complejo y atractivo, ya que es muy probable que los autores bíblicos no se hayan planteado el tema de la docencia de la religión, al menos, de forma sistemática como nos lo planteamos nosotros, pero sí como práctica permanente de encuentro, comunicación y formación.

Ciertamente, estoy parodiando las realidades, pues en la dinámica de los principios que rigen la hermenéutica bíblica, de lo que se trata es de comprender y actualizar el sentido, fundado en las intuiciones presentes en la tradición literaria judeocristiana, en torno a la espiritualidad y a la pedagogía, que puedan aportar a nuestra comprensión y experiencia docente, marcadas por las circunstancias propias del tiempo y el país en el que vivimos.

Dado que se trata de hablar de *la espiritualidad en el campo de la docencia y de la educación religiosa*, no quisiera orientar mi exposición, de forma genérica, pensando en todos los docentes de educación religiosa del planeta y en



una espiritualidad para ellos; prefiero hablar de la espiritualidad del docente, que es cada uno de nosotros, y en este sentido, quiero decir, esencialmente *teólogos* o en vía de serlo y, por tanto, *creyentes*, que tienen que vérselas con la dinámica docente, no solo con el cultivo de la teología misma y la formación de creyentes, sino también, y sobre todo, como personas comprometidas con los procesos formativos de niños y adolescentes, con la intención de aportar al utópico proyecto de la conformación de una sociedad, la cual se entiende y organiza, quizás no siempre de forma más cristiana, pero de pronto sí, más humana; en consecuencia, auténticamente cristiana. Debo entonces afirmar que estamos ante una cuestión de trascendental importancia para nosotros.

Hechas estas consideraciones previas, dejando de lado las definiciones técnicas sobre la *educación*, la *pedagogía* y hasta la *didáctica*,<sup>2</sup> suponiendo muchas cosas en mi auditorio y asumiendo un cierto tono coloquial, quisiera proponer mi exposición, partiendo de lo que puede ser una somera insinuación sobre la teología de los carismas, intentando centrar mi atención en dos de ellos: el carisma del maestro y el carisma del teólogo, pues eso somos y eso debemos ser esencialmente: *maestros y teólogos*, con la intención de abordar la cuestión de la espiritualidad.

La aproximación a las nociones de *maestro*, y con ella a lo que son los procesos pedagógicos, de *teólogo* y su relación con un saber y de *espiritualidad* como ámbito de convergencia de las dos anteriores, puede ser un ejercicio bastante iluminador en esta fase de profundización de los fundamentos bíblicos y pedagógicos, en el marco de este diplomado sobre actualización teológico-pedagógica para docentes de ERE. De cada una de estas nociones, y entiéndanme por favor por qué quiero moverme en el nivel de las nociones, sugeriré algunos aspectos básicos y quizás, comúnmente reconocidos por todos, y algunas referencias a realidades o textos provenientes particularmente del Nuevo Testamento, que nos puedan ilustrar mejor.

## La noción de carisma y su sentido

Sobre todo en las circunstancias actuales, el tema de los carismas se ha tornado de capital importancia para la teología y la eclesiología, aunque desde el punto de vista práctico, quisiéramos ver más explícitamente su dinamicidad de cara a lo que es el atractivo y a la vez complejo y controvertido: el tema de los carismas y los ministerios en la tradición católica.

<sup>2</sup> Entendiendo la *educación* como un hecho connatural a la humanidad, la *pedagogía* como la reflexión sobre cómo educar y la *didáctica*, como la reflexión sobre cómo enseñar.

En la época anterior al Vaticano II, los carismas se entendieron como dones extraordinarios y, por tanto, excepcionales, o como dones ordinarios de la gracia. Con el Vaticano II y la *Lumen Gentium* (LG 12) se ha impuesto más la segunda tendencia, si bien se han verificado ciertas tensiones, más institucionales que teológicas, entre concepciones dicotómicas con respecto a los carismas y a los ministerios. Incluso, un movimiento de renovación espiritual, convencido de haber recuperado los carismas más específicos de la Iglesia Primitiva, tomó el nombre de *renovación carismática*, mientras que las diversas congregaciones religiosas consideran que deben su origen y su especificidad a un carisma particular. Este modo de hablar se secularizó tanto, que hasta en el mundo de la política hablamos de líderes carismáticos.

Si bien, encontramos muchos pasajes del Antiguo Testamento, en los que se habla de dones especiales, característicos de personas como Moisés, los profetas o los jueces, y en el mismo Nuevo Testamento, referido a los miembros de la Iglesia primitiva, la categoría griega *xarisma*, para referirlos es propia del Nuevo Testamento (NT); este es, en efecto, un dato sumamente curioso, ya que esta palabra no aparece antes de Cristo; en el NT recurre diecisiete veces,<sup>3</sup> de las cuales dieciséis están en Pablo; observando su dinámica dentro de los textos, la forma sustantiva proviene del verbo *xari/somai* que significa mostrarse amable y generoso, pero nunca se utiliza para designar un regalo hecho por un ser humano, sino que se aplica solamente a los dones de Dios.

Por tanto, la idea de lo que son los dones o carismas y de lo que significan, en el concierto de los textos del NT, nos ha llegado especialmente gracias a Pablo, quien señala que lo específico de los carismas es precisamente su diversidad:

Hay diversidad de carismas... diversidad de ministerios... diversidad de operaciones. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. [...] A uno se le da... el don de sabiduría, a otro palabra de ciencia..., a otro carisma de curaciones..., a otro profecía..., a otro discernimiento de espíritus, a otro diversidad de lenguas, a otro don de interpretarlas (1Co 12,4-11 y Rm 12,6).

Esto quiere decir que si los carismas son dones particulares, no forman parte de las gracias fundamentales, necesarias a todo cristiano. En adelante, se seguirá la distinción entre carismas y virtudes, pero ese es un capítulo de otro encuentro. Aunque Pablo hace una distinción básica entre

<sup>3</sup> Dieciséis en Pablo y una en 1Pe 4,10.



los carismas, los ministerios y las operaciones, todos ellos están orientados al bien común, de la misma forma que son plenamente útiles a la misma persona que los detenta. Acto seguido, tomando el símil del cuerpo, un poco más adelante (estoy siguiendo 1Co 12), Pablo afirmará:

Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego los milagros; luego el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿Todos son profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? (1Co 12,27-30).

En la carta a los Efesios dirá que “A cada uno de nosotros le ha sido concedido el favor divino a la medida de los dones de Cristo” (4,7), el cual “dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros... para edificación del Cuerpo de Cristo” (4,11). En la misma línea de la imagen del cuerpo y las funciones de los miembros, en la carta a los Romanos, pide considerar los diferentes dones con los que cada uno ha sido agraciado, de modo que: “si es el don de la profecía, se ejerza en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; si es la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, que dé con sencillez; el que preside, que lo haga con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad” (cfr. 12,6-8).

En los distintos listados que ofrece Pablo, se puede apreciar una distinción básica, entre lo que son los dones sensoriales (hablar en lenguas, hacer milagros), los dones ordinarios (enseñanza, servicio), los ministerios jerárquicos (1Co 12,28; Ef 4,11) y actividades diversas (beneficencia, exhortación), pero se nota una tendencia a insistir más en los dones menos vistosos, es decir, los dones ordinarios y las actividades diversas, que son de utilidad constante para la vida de la comunidad cristiana.

Cuando Pablo insiste en que cada don se ejerza con competencia, de modo que si es el de la enseñanza, que se realice enseñando, coloquialmente hablando, se trata de un “zapatero a tus zapatos” y esto es profundamente sabio, es decir, sensato, porque el carisma orienta o dirige las acciones. En la primera carta a Timoteo, refiriéndose a los falsos doctores, Pablo parece fijar el criterio orientador del carisma de la enseñanza, al afirmar: “pretenden ser maestros de la Ley sin entender lo que dicen ni lo que tan rotundamente afirman” (1,7), quizás, porque ellos mismos no se lo creen.

En su predicación, Jesús se referirá a ellos, claro está, a los escribas y fariseos, afirmando que “dicen y no hacen” (Mt 23,3), que les gusta que la gente los llame *maestros*, sin serlo (Mt 23,7), que “no entrarán al Reino de los Cielos, y a los que están entrando, no los dejan entrar” (Mt 23,13), y que son, en últimas “guías ciegos” (Mt 23,24).

## La noción de maestro

Considerados los carismas como criterios orientadores de determinadas acciones y la enseñanza como carisma orientador de acciones y procesos formativos, pasemos revista a su sujeto.

Maestro es una categoría que en sí misma habla de alguien que aspira a más y que es sinónimo de algo más, se trata de ese *Mag* o *Magis* tan furtivo y al mismo tiempo tan cercano a nosotros, en el ámbito de la pedagogía en Occidente. *Maestro* es una categoría que habla de conocimiento y quizás de mucho más que conocimiento, de sabiduría, de experiencia y horizonte, de sentido y vida. En efecto, estamos obligados a distinguir entre ser *profesores* y ser *maestros*, salvaguardando las debidas y profundas relaciones, ya que mientras el profesor está relacionado con un constante ejercicio del intelecto y un conocimiento específico sobre algo, quizás lo propio del maestro es que lo ha trajinado tanto que, probablemente, se trate de quien ha llegado a reconocer el verdadero sentido de tal conocimiento, superando así su dimensión funcional. Muchos podemos ser profesores, y además muy buenos, sin llegar a ser necesariamente maestros, aunque también es cierto que muchos aspiremos a ser verdaderos maestros. Ser profesor es relativamente fácil, pues nos designan para ello, supuesta la adquisición de un título académico e incluso nos escalafonan como tales, pero ser maestro no es un grado académico que se otorgue y tampoco se llega a ser maestro por designación rectoral, pues se trata de un título de nobleza que se construye muy lentamente.

La tradición y el pensamiento helenísticos, del que dependemos más, cultural y religiosamente hablando, establecen una clara distinción entre el *didáskalos* y el *paidagógos*. Mientras que el primero detenta un conocimiento para comunicar, una enseñanza, una *didaskalia/a* o *didaxh/*, el segundo tuvo históricamente la función de orientar hacia ella, es el conductor, es el arte de la conducción lo que lo caracteriza, la *paideia* y esta se ejercía especialmente con los niños, con los *paidi/a*.

El mundo moderno y nuestros estudiantes, ya no hacen tal distinción, y muy seguramente, no tienen por qué hacerla; ya no somos, unos *paidagogoi* y otros *dida/skaloi* (unos, pedagogos y otros, maestros), por fortuna. A todos nos compete estar al tanto de un saber y de saber comunicarlo. El arte de la conducción, de la pedagogía es inherente a un conocimiento que se quiere comunicar, lo cual significa respeto por nuestros interlocutores, reconocimiento de las personas que son ellos, de su lugar en la vida y del momento de su proceso.

*Maestro* es una categoría que tácitamente, o por qué no, más bien de forma demasiado explícita, habla de su correlato, habla del *discípulo*. Aunque sí es posible que existan maestros sin discípulos, los discípulos surgen porque hay maestros y, a la vez, los discípulos se vuelven tales. Maestro es entonces, una categoría que habla de seguimiento y de punto de referencia.

Y es aquí donde cabe evocar al paradigmático Maestro que es Jesús. En los evangelios encontramos bellas y abundantes referencias a lo que en su conjunto se nos puede ofrecer como una buena fisonomía magisterial de Jesús. Así, hay referencias a la forma como se le reconoce a Jesús su condición de Maestro y el deseo de seguirlo (Mt 8,19: “*Maestro*, te seguiré adondequiera que vayas”); referencias a la necesidad de encontrar en él la respuesta por el sentido de la vida (Mt 19,16: “*Maestro*, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?”); referencias a su condición de maestro, como quien posee un conocimiento profundo sobre algo (Mt 22,36: “*Maestro*, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley”; Mt 22,16: “*Maestro*, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza”; Lc 11,1: “Señor, *enséñanos* a orar”, y probablemente, las más importantes, aquellas referencias en las cuales lo que impresiona no es lo que enseña sino cómo lo enseña (Mt 7,28: “La gente quedaba asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas”).

A este respecto, quisiera traer a colación las palabras del sacerdote jesuita, Gerardo Remolina, con ocasión de la celebración del día del maestro javeriano, en el año 2000, las cuales me impactaron profundamente. En aquella oportunidad, el padre Remolina decía que la personalidad y la acción del maestro deben estar caracterizadas por la *sabiduría*, la *autoridad* y la *libertad*. Me he tomado la libertad de parafrasear sus expresiones e incluir algunas ideas muy mías, intentando conservar adecuada y respetuosamente el fondo. De la sabiduría, afirmaba:

Es mucho más que el conocimiento y que la ciencia. Podemos ser profundamente eruditos y al mismo tiempo, terriblemente insensatos, es decir, carentes de sentido, de sabiduría. Precisamente porque la sabiduría tiene que ver con la vida, no con las cosas y el conocimiento que nos permite su dominio y manipulación. La sabiduría es el fruto maduro de una profunda experiencia espiritual (*Hoy en la Javeriana*, 2000).

Sobre la autoridad, se expresaba así:

Del maestro por excelencia, Jesús de Nazareth, dicen los evangelistas que enseñaba con autoridad. Su autoridad se imponía a sus discípulos a partir de la autoridad que manaba de sus labios, pero sobre todo a través de sus acciones. La verdadera autoridad no obra por imposición, sino por convicción. Su fuerza brota del mismo fondo de la vida, porque ella es una fuerza moral. Por eso es distinta del poder. Reconocemos la autoridad de quien con su experiencia y con su vida respalda una visión del mundo y de las cosas que son claramente concordes con la naturaleza humana y sus más altos valores. La autoridad se funda en la experiencia y en los hechos de vida de quien es coherente entre lo que piensa y lo que hace, entre lo que desea y lo que realiza, entre sus ideales y su realidad. El Maestro debe enseñar con autoridad, es decir, con esa fuerza moral que brota de su ser experimentado y auténtico. La autoridad del que solo es un docente se basa en el conocimiento fundamentado y experimentado de quien transmite un saber. Por su parte, la autoridad del maestro se basa en el testimonio de su vida y en la coherencia de quien comunica una sabiduría (*Hoy en la Javeriana*, 2000).

Sobre la libertad, decía:

El maestro ha de enseñar y formar para la libertad y en la libertad. Maestro es el que anima el crecimiento de las personas como seres libres. Y para ello, él mismo ha de ser sustancialmente libre. Siempre admiramos a quienes dentro de su coherencia, son capaces de actuar con libertad de espíritu, es decir, con sabiduría. La libertad es la expresión máxima de la autenticidad del ser humano, de quien sabe ser él mismo. La libertad es una cualidad de la voluntad, y la voluntad es la facultad del bien, así como la inteligencia es la facultad de la verdad. Nadie puede aceptar la falsedad consciente de que es tal, del mismo modo que nadie puede querer directamente el mal, y si lo escoge, es bajo la apariencia de bien. Por ello, la cualidad de la voluntad que llamamos libertad es la capacidad de escoger y obrar el bien. Somos libres mientras somos capaces de actuar y producir el bien. El verdadero maestro educa y forma para la vida auténtica, es decir, para la verdad y para la libertad. Por ello, él mismo ha de ser un modelo de búsqueda de verdad y de libertad, para sus discípulos (*Hoy en la Javeriana*, 2000).

Y concluía diciendo: “Es por eso que no hacemos ninguna injuria a la libertad de nuestros estudiantes proponiéndoles grandes ideales éticos y morales, invitándolos a aspirar a los más elevados ideales humanos y procurándoles los medios intelectuales y prácticos para alcanzarlos” (*Hoy en la Javeriana*, 2000). Por su parte, Kierkegaard decía que “hay conocimientos válidos que no son verdaderos; porque solo serán tales cuando comiencen a afectarnos” (*Hoy en la Javeriana*, 2000).

Yo tengo la impresión de que cuando dejamos de entendernos simplemente como *profesores*, con todo lo noble y bello que esconde este título y nos pensamos como *maestros*, la cuestión varía, ya que un maestro no solo propone, sino que también él se propone, entonces, puedo evocar las palabras de Jesús en Juan: “Si yo, el Señor y el *Maestro*, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros” (13,14). De hecho, cuando a un maestro se le interpela por la búsqueda de conocimiento, termina enseñando no cómo estudiar, sino cómo vivir.

De la calidad de lo que somos como profesores o maestros, hablan no solo nuestras palabras, sino también nuestros propios estudiantes. De ahí que podamos afirmar —sin una pretenciosa actitud descalificadora— que así como hay profesores de profesores, también hay maestros de maestros: “Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por su propias pasiones, se harán con *un montón de maestros* por el prurito de oír novedades” (2Tm 4,3). A estos, el NT generalmente los denomina falsos maestros, evidenciando la pérdida de la responsabilidad sobre la fe de los otros: “Hubo también en el pueblo falsos profetas, como habrá entre vosotros *falsos maestros* que introducirán herejías perniciosas y que, negando al Dueño que los adquirió, atraerán sobre sí una rápida destrucción” (2 Pe 2,1). Finalmente, puede pasar que mientras nuestros interlocutores nos estén esperando como maestros, les lleguemos como aprendices: “Pues debiendo ser ya *maestros* en razón del tiempo, volvéis a tener necesidad de ser instruidos en los primeros rudimentos de los oráculos divinos, y os habéis hecho tales que tenéis necesidad de leche en lugar de manjar sólido” (Hb 5,12); Pablo lo referirá de manera similar cuando afirma: “no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podáis soportar” (1Co 3,1-2).

Ahora bien, ya que esta reflexión tiene lugar en el contexto de lo que es la docencia y de su función educativa en la Iglesia y la sociedad, en nuestra

condición profesoral, lo dicho individualmente también nos compromete institucionalmente. Se trata de una tarea y una responsabilidad personal y colectiva. Si como profesores debemos ser disciplinados, exigentes, profundos, claros, metódicos y sistemáticos, como maestros, nos compete estar abiertos al diálogo, ser comprensivos, o como en su momento lo dijera el padre Alfonso Borrero, en un simposio sobre Universidad, en 1999 (pp. 57-58):

El maestro *sugiere* como quien algo desliza bajo los umbrales del entendimiento; *insinúa*, que es introducir sugerencias en el seno de la inteligencia del alumno; *advierte*, para volverle la atención sobre algo; *enseña* a la manera de quien mueve a la mente atenta un signo, una señal para conciliar en el aula la empinada tarea del magisterio que *propone* y la autoridad que *dispone*. *Conversa*, callado al lado del diálogo descubridor, sostenido entre quien aprende y la ciencia aprendida. *Fomenta* que la conversación y el diálogo se tornen cálidos y alumbrantes como el fuego. *Induce*, *propicia* porque *se aproxima*, *se acerca* al milagro del aprendizaje. *Devela*, cuando ello se hace necesario, como quitándole velos a los datos que el maestro aporta o pone a las puertas del entendimiento del discípulo, sin interponerse, sin estorbar o molestar desde fuera el prodigio de aprendizaje en producción.

En síntesis, más allá de una pedagogía positiva a la que estamos acostumbrados, constituida por datos enseñables y asignaturas dosificables, el maestro como buen partero, a la manera mayéutica de Sócrates, ayuda a nacer, acompaña la generación de cosas nuevas, siendo así que su enseñanza no ha de ser reflejo forzoso de lo que el maestro sepa. Así, el *alumno*, pese al significado de la palabra, *el que es alimentado*, no será un satélite que luzca con lumbre ajena, ni sombra del maestro que se proyecte en su esfera mental, pues aprender es de quien aprende y todo aprendizaje es evocación del propio ser, protagonista de su íntima novela, héroe de su epopeya personal (Borro, 1999, pp. 57-58).

## La noción de teólogo

Sobre lo que es la teología y cuál sea el papel del teólogo, tengo para mí que la literatura es bien abundante y, en esta ocasión, no me gustaría enredarme en tales disquisiciones, aunque ciertamente tales debates sobre el sujeto y el objeto de la teología, siempre dejan algo nuevo. Es posible que sea más útil, atendiendo al tenor de mi discurso, ofrecer algunas consideraciones personales.

En la actualidad, pienso muchas cosas acerca de lo que es la teología. Creo firmemente que se trata de un aguzado ejercicio del intelecto, con el objeto de comprender el sentido de la revelación, y para nosotros, de la revelación en Cristo; de ahí que deba observar de manera orgánica los procesos y atender a las tradiciones de pensamiento y experiencias en las cuales se han ido tejiendo dichas comprensiones. Sin embargo, también creo que esa mirada comprensiva se debe esforzar por ir más allá de lo que simplemente nos arrojan los datos inscritos en medio de una tradición propia. Por eso, he traído a colación las palabras de Gilbert de Tournai “Nunca descubriremos la verdad si nos contentamos con lo descubierto”, pues la verdad no es una realidad estática, permanentemente se está dando, haciendo, de ahí que para ir más allá, necesitemos de vez en cuando volar, aunque muchas veces tengamos que hacerlo aún con las alas cortadas.

Como lo debatieron en el pasado y como queremos comprenderlo también hoy, la teología es ciencia y es sabiduría, es trabajo disciplinado y metódico, resultado de nuestro esfuerzo y dedicación, pero también es don y, por ende, regalo. En cuanto trabajo, su medida depende de nuestro esfuerzo, pero en cuanto don, su medida depende del donador o del donante y ese es Dios, o en su defecto, para nuestra tradición, Jesucristo, el revelador del Padre. He ahí el aura de mística trascendencia que identifica el quehacer teológico.

Hoy en día, pienso que la teología es un trabajo abierto, aunque se da en medio de muchas estrecheces, de ahí que necesite del diálogo con otros saberes, como imperativo para afirmar su propia identidad y ser pertinente y útil, no solo para los creyentes, sino también para la sociedad y la historia.

Hoy entiendo que la teología tiene sus niveles, y en este sentido, muchos somos, permítanme por favor expresarme así y espero se entienda lo que quiero decir, *teólogos de profesión*, otros quizás menos, pero aun así, sus reflexiones no son necesariamente, menos teológicas que las nuestras. También tengo muy claro que no todo discurso religioso es necesariamente teológico y que no todo discurso teológico que se presenta como tal es verdaderamente una elaboración teológica, pues muchas veces son más reflexiones sociológicas con apariencia de teología.

En la fe cristiana, deben estar intrínsecamente ligados el conocimiento y la sabiduría, así como la verdad y la existencia, así como la verdad ofrecida en la revelación de Dios sobrepasa ciertamente las capacidades de conocimiento del ser humano, pero no se opone a la razón humana. Esencialmente,



creemos que Dios ha querido acercarse al ser humano que busca su propia identidad y caminar con él, así como lo refiere el emblemático relato de los discípulos de Emaús en el Evangelio de Lucas (Lc 24,15); y eso es lo que los teólogos queremos comprender en su doble dimensión hermenéutica. Por una parte, interesa captar el caminar o el camino de Dios allá, en esa circunstancia originante y, en segundo lugar, aptar su caminar aquí, gracias al principio de la analogía.<sup>4</sup>

Esa es la razón por la cual hemos sostenido durante siglos que por su propia naturaleza, la fe interpela la inteligencia y que la teología indaga las razones de la fe, contribuyendo a que estas sean comunicables. Por eso es necesario que, como teólogos, estemos atentos a las exigencias epistemológicas de nuestra disciplina, a los requisitos de rigor crítico y, por tanto, al control racional de cada una de las etapas de nuestra comprensión. Es incluso obvio que hoy día tengamos que recurrir a las ciencias sociales, con la intención de comprender mejor lo que Dios quiere revelar al ser humano in situ (Ratzinger, 1990).

Se puede afirmar que como teólogos consagramos nuestras vidas a la verdad y a la verdad que es Jesucristo, a descubrirla, a estudiarla, a comprenderla, a contemplarla y a hacerla comunicable. Es una cuestión ética de deber, de vocación, por la cual estamos llamados a buscar una viva comprensión del misterio de la salvación; de ahí que nuestro estudio-comprensión se inscriba en el movimiento mismo de la fe que busca su comprensión, a la manera como lo condensó magistralmente Anselmo de Canterbury: *Fides quaerens intellectum*. Este estudio-comprensión es una tarea individual y colectiva, lo cual implica no solo el conocimiento proposicional del mensaje, sino también, de forma proporcional, de los destinatarios de dicho mensaje; esto significa tomarnos en serio las circunstancias de nuestros interlocutores, ya que la historia es y siempre ha sido, el *lugar teológico* por excelencia. En otras palabras, como se ha dicho innumerables veces, la teología nos pone al frente y entre dos grandes fidelidades: fidelidad a Dios y fidelidad a la historia (Ratzinger, 1990).

Por tanto, en cuanto teólogos somos hermeneutas, en primer lugar, de nuestra propia fe, y consecuentemente, de la fe de nuestros hermanos. Por eso, se trata de un servicio eclesial y en la dinámica de mi discurso inicial, de todo un carisma o vocación. Tratando de resumir lo que quiero decir, el trabajo teológico es científico, pero también es sapiente; es una

<sup>4</sup> Algunas de las ideas de este párrafo, tienen su fuente de inspiración en Ratzinger (1990).



intransferible responsabilidad personal, pero también es una tarea colectiva; es un servicio creyente, sin embargo, orientado a aportar más allá de las fronteras de nuestra fe cristiana; no solo es trabajo nuestro, sino también lo es de Dios; debe tener su propia identidad y esta debe ser explícita, pero es en nuestro lenguaje contemporáneo, una tarea interdisciplinaria y en diálogo con los problemas de la sociedad.

Por ejemplo, en el programa de educación religiosa, experimentamos esa diversidad de expresiones que asume la teología, cuando está orientada a formar teólogos y docentes o más directamente encaminada a aportar el sentido mismo de las cosas y de la vida; me parece que en el programa, la teología está llamada a ser más conocimiento de fondo, pero por sobre todo, se tratará más de una sabiduría que de un conocimiento específico. De ahí que estemos llamados a ser profesores, pero particularmente, maestros de la fe.

## La noción de espiritualidad

La palabra *espiritualidad* se refiere a relación con el *espíritu* y a su acción en nosotros, lo que genera una forma o formas de entender este influjo y de experimentarlo existencialmente. En la tradición cristiana, este actuar del espíritu está mediado por el acontecimiento Cristo, produciendo lo que comúnmente denominamos *espiritualidad cristiana*, o lo que es lo mismo, una manera particular de vivir y entender la acción del espíritu a la manera de Cristo.

Muy en conexión con la teología de los carismas, las diversas congregaciones religiosas e infinidad de movimientos cristianos consideran que deben su origen y su especificidad a una manera particular de entender la carismática acción del espíritu, produciendo identidades de cara a uno u otro aspecto característico de Jesús, de su vida, ministerio y misterio. De ahí que podamos hablar de una espiritualidad lasallista o de una carmelitana, por ejemplo.

De la manera más absolutamente simple, *una espiritualidad es un estilo de vida*, y como tal, es la vida misma la que habla acerca de cómo pensamos y en qué creemos. Como estilo de vida que es, funciona como una especie de sello permanente como el color de nuestros ojos, por ejemplo. También, como un modo de vestir, por el que somos reconocidos siempre, pero cuando ese modo de vestir no tiene un carácter entitativo, porque no es permanente, con facilidad se transforma en un disfraz, ya que, aunque pretende hablar de una identidad, a la larga es puro ropaje y envoltorio.

En otras palabras, una espiritualidad que solo se mueve hacia dentro, para ser percibida únicamente por los propios miembros de un grupo, funciona como un sistema de vida, pero sobre todo, como un seguro de vida. Se está así ante la carta de presentación de una secta o de un gueto; una espiritualidad auténticamente eclesial y cristiana no puede reducirse al fuero interno de un grupo, debe ser percibida por la misma sociedad, aun en un plano no creyente, ya que también se mueve hacia afuera y habla de lo significativo que puede ser o no un estilo de vida para la cultura y la historia, sin las pretensiones colonizadoras o hegemónicas de otras épocas y, al mismo tiempo, profundamente evangélica, eclesial y humana.

En este sentido, hablar de la espiritualidad del docente, despojada de la expresión de su atmósfera religiosa, significa hablar de un estilo de vida, con todo lo que ella es, es decir, como ciudadanos, como intelectuales y académicos, y por supuesto, como creyentes. Se trata de poner en evidencia aquello que nos define e identifica, no solo son los conocimientos que comunicamos, sino también los valores que transmitimos y estos tienen tres bases, por así decirlo: primero, están anclados en la mente —percibimos intelectualmente que algo vale la pena y estamos convencidos de que es así—; segundo, están arraigados en el corazón —no es tan solo la lógica lo que cuenta, sino que también el lenguaje del corazón nos dice que algo es precioso, y entonces, somos afectado por su mérito—: “donde está tu tesoro, allí está tu corazón” (Mt 6,21). Cuando la mente y el corazón están comprometidos, entonces, toda la persona se compromete y este es el tercer fundamento de los valores y estos conducen necesariamente a opciones que se encarnan en nuestras acciones concretas (*Hoy en la Javeriana*, 2000).

Hablar de la espiritualidad del docente de educación religiosa significa hacer referencia a un modo de estar presente en la escuela, en el colegio, en la sociedad, de ver la vida y proponerla, de creer en ciertos valores y hacerlos comunicables, y en nuestro caso, esta manera de ver la vida y el esquema axiológico del que dependemos, es invariablemente cristiano. Tenemos la responsabilidad creyente y teológica, de conocer más a fondo nuestra propia identidad cristiana, a fin de hacerla más nítida en su comunicación.

Pienso que ese sentido de identidad cristiana debe estar más a flor de piel, al margen de lo que signifique la libertad de cátedra, nuestros diferentes tipos y niveles de preparación, nuestras áreas de especialización y opciones incluso políticas. Y no me estoy refiriendo a un modelo de cristiandad, sino



a un modelo cristiano por discernir más en su dimensión práctica, que es la de la vida. De ahí que tengamos que ubicarnos mucho más en la esfera del sentido que del conocimiento específico, sin más, sobre algo.

Pablo se expresa bien sobre este particular, cuando dice: “Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto puse el cimiento, y otro construye encima. Pero mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo” (1Co 3,10-11).

He intentado de manera bastante indirecta proponer, a lo largo de estas páginas, la perspectiva bíblico-pedagógica de la espiritualidad en el contexto de la docencia y la educación religiosa, o lo que es lo mismo, sus puntos de referencia en la tradición bíblica y en la pedagogía. Esto ha sido apenas un ensayo de aproximación y la cuestión me supera, pero, como lo proponía al comienzo, se trata de aportar a la reflexión sobre la espiritualidad característica de nuestra acción docente.

Los aspectos específicos de una espiritualidad que pretenda ser bíblica, neotestamentaria o evangélica, fácilmente se pueden encontrar en los tratados; aquí, simplemente he querido sugerir una serie de elementos que aporten a nuestra reflexión colectiva en torno a nuestra condición.

Para concluir, al considerar que la espiritualidad es en síntesis, el ámbito propio de convergencia de nuestra función como profesores y maestros; como teólogos y creyentes y, que por ende, nuestro modo de ser y ser reconocidos como tales, quisiera terminar con otra bella parábola de origen desconocido:

Un hombre muy rico, señor de un gran reino,  
 un día decidió dejarlo todo para ir a un lugar lejano,  
 a la casa de un gran maestro de sabiduría,  
 con la intención de que le enseñara Sabiduría.  
 Después de recorrer un muy largo camino y llegar a la casa del maestro,  
 se presentó ante él, diciendo:  
 Maestro, lo he dejado todo y me he puesto en camino,  
 para venir hasta aquí, con el único deseo que me enseñes Sabiduría.  
 Acto seguido, el maestro mirándolo, le dijo:  
 Lamento mucho que hayas dejado todos tus bienes  
 y que hayas perdido todo tu tiempo,  
 pues la Sabiduría no se puede enseñar pero sí se puede aprender.

## Referencias

- Boff, L.** (2002). *Espiritualidad, un camino de transformación*. Santander: Sal Terrae, 2002.
- Gutiérrez, G.** (1983). *Beber en su propio pozo. El itinerario espiritual de un pueblo*. Lima: CEP.
- Nolan, A.** (1993). *Espiritualidad bíblica. Espiritualidad de la justicia y el amor*. México: Dabar.
- Stein, E.** (2002). *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC.
- Takahashi, A.** (1991). *El maestro y su oficio*. Palabras pronunciadas en el acto de entrega del Premio Nacional de Matemáticas. Universidad de Antioquia.
- Vásquez, F.** (2000). *Oficio del maestro*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

